

CUENTISTAS
ESPAÑOLES

LO QUE HA DE SER

POR AUGUSTO
M. OLMEDILLA

Día de sol, de invierno madrileño. ¿Quién dijo que el Guadarrama elabora en sus crestas pulmonías alevos para facturarlas a gran velocidad con destino a la villa y corte? Riámonos de Niza y de Valencia, y aun de Málaga, cuando el sol se siente con ganas de lanzar una sonrisa sobre Madrid ciertos días invernales. En plena tarde, el Parque del Oeste era un hervidero de mesócratas endomingados que recorrían las veredas bajo los árboles en esqueleto, en cuyas ramas advertíanse tempranos brotes que el cierzo helado se encargaría de malograr. Una locomotora maniobraba por la Florida, lanzando volutas de humo. Allá, al fondo, el monumento a los héroes de las contiendas coloniales semejava un ramillete de confitería barata.

Mi amigo y yo nos habíamos parado para contemplar el panorama. Una gitanilla se nos aproximó:

—¿Hay algo pa los churumbete? Yo les diré la suerte que les aguarda...

Instintivamente me aparté de la pitonisa ambulante. ¿Miedo a lo ignoto, superstición? Lo que fuese.

—Toma—le dije, echando unas monedas sobre su mano sarmen-tosa, con cuidado de no rozarla con la mía—. Déjanos en paz. No queremos escuchar tus sandeces.

Sonrió mi amigo al oírme, en tanto que ella se alejaba.

—¿No eres partidario de los oráculos?

—No. Me inspira repulsión instintiva todo cuanto trate de levantar el velo del porvenir. ¿Para qué conocer el mañana? Seamos fatalistas. Lo que está escrito es inmutable. Lo que ha de suceder, sucederá.

—Pues ese fatalismo se vuelve contra ti. Si está escrito que conozcas tu sino, lo conocerás, aunque te pese y trates de oponerte a ello.

—¡Bah! Lo que es si yo no quiero...

—Aunque no quieras. ¿No recuerdas lo que le ocurrió a Eladio Formosa, nuestro antiguo compañero?

—No... Supe que había muerto trágicamente hace muchos años. Desconozco los detalles.

—Pues yo te referiré el suceso en toda su inquietante sencillez. Eladio Formosa era... ¿cómo te diría yo?... Un supersticioso al revés. Pretendía huir de cuanto trascendiese a cábala y sortilegio, blasonando de despreocupado en la materia; pero en el fondo estaba tan obseso por tales preocupaciones como un napolitano. Viajaba siempre en martes, se cortaba las uñas en viernes, tenía dos amigos tuer-tos del izquierdo y hacía alarde de pasear con ellos sin escupir; empren-

día trabajos en día 13 y nombraba con aparente fruición ciertos animalitos sin agarrar ningún objeto metálico. Lo dicho: era un supersticioso al revés. Así como otros se preocupan de hacer o no hacer determinadas cosas que preconiza la liturgia de abracadabra, preocupábase él a la inversa. ¿Qué más daba? Ello

—La ficticia despreocupación de Eladio —prosiguió mi amigo— desaparecía tratándose de las gitanas. Sentía por ellas inexplicable repulsión; más bien, diré que inspirábase espanto. Desde lejos las avizoraba y huía de ellas como de un ser dañino. Mil veces, yo, mofábame de su actitud, impropia de un muchacho

—Tampoco Eladio quería, y, sin embargo... No sé si sabrás que pensaba casarse con una linda muchacha de Valmar, puerto en el que estuvo destinado el cañonero en que él servía y donde yo me hallaba a la sazón. Hubo en sus amores ciertos incidentes, que conocí por la intimidad que mediaba entre nosotros;

Después de flirtear una temporada con Carmita Bellido, sin que hubiese entre ellos relaciones formales, pretendió seriamente a Rafaela Durán. Cuentan que Carmita sufrió un ataque agudo de despecho al verse postergada; mas si así fue, es lo cierto que supo disimularlo, al extremo de seguir, cuando menos en apariencia, tan amiga de su rival y de Eladio. Así las cosas, llegaron las fiestas de Carnavales, y, por tanto, los bailes del Casino, que en Valmar, como sabes, son famosos... Eladio asistió a ellos, y al lado de Rafaela transcurrieron los instantes más felices de su vida. Carmita Bellido estuvo también, luciendo un disfraz de gitana que hacía resaltar a maravilla su tipo moreno y sus negros ojos egipcios. En el buffet bebió varias copas de champán, y al reanudarse la fiesta estaba un poco excitada. Rodeáronla los muchachos, y ella comenzó a decirles la buenaventura con singular donaire. En esto, Rafaela cruzó el salón, del brazo de su novio. Al verlo Carmita, intensa llamarada fulgió en sus ojos—¿tú recuerdas los ojos de Carmita Bellido?—, y exclamó, dirigiéndose a su rival:

—¿No quieres oír tu sino, Rafaela?

Antes de que la aludida respondiese, dijo Eladio, sonriente:

—Ya sabes que no me gusta el trato con las gitanas.

Picada, repuso Carmita:

—Si contigo no hablaba, escóborio; ¿qué voy a desirte a ti, cuando sé que no te quean mas que tres días de vida?

Eladio fingió echarlo a broma; pero le vi palidecer. Cuando, terminado el baile, nos reunimos en nuestro alojamiento, me dijo, con la voz rota por la emoción:

—Ya lo has oído. Me quedan tres días de vida.

No pude contener una carcajada.

—¿Pero es posible que digas eso? ¿No comprendes que es ridículo...

No comprendía nada; un terror indescriptible se había apoderado de él, y no razonaba. Inútiles fueron los argumentos con que pretendí convencerle de la puerilidad de sus temores. No durmió aquella noche ni a la siguiente. Estaba tenebrosamente barruntando la llegada de la Pálida. Al despertar el tercer día, le dije:

—¿Te convences de que eres un fluso?

EL ARTE CASTIZO ESPAÑOL



EL TENDIDO.—CUADRO DE EUGENIO LUCAS.—DE LA COLECCIÓN DE D. JOSÉ LÁZARO GALDEANO

es que, lejos de ser un escéptico en la materia, vivía pendiente de hechos, dichos, amuletos y demás patrañas que ha erigido en apotegmas la demonología vulgar.

Habíamos reanudado el paseo y caminábamos lentamente por una vereda enarenada. En nuestro alrededor correteaban los niños, jugando al aro y al escondite. Varias parejas decíanse al oído las divinas tonterías del amor.

que había demostrado su sensatez y su valor en mil ocasiones. El se reía, un tanto avergonzado. «¿Qué quieres?—me dijo una vez—. No puedo remediarlo. Estoy convencido de que una gitana ha de vaticinarme una desdicha, y deseo impedirlo.»

—¿Como yo!—exclamé sin poderme reprimir—. ¡Lo mismo que yo! Por eso las rehuyo. Y como no han de obligarme a escucharlas si no quiero...

Pero él insistió, agorero:

—Deja que pase el día de hoy. Ya veremos mañana...

Aquella tarde tuvo que ir al cañonero donde prestaba servicio, para entrar de guardia. Al subir la escala, escurrióse y cayó al mar. El, que era excelente nadador, se fué a fondo, paralizado, sin duda, por el espanto que le dominaba. La predicción se había cumplido. A Carmita le costó una enfermedad, y yo estuve mucho tiempo bajo la tremenda impresión que el trágico suceso me produjo.»

A. MARTINEZ OLMEDILLA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

«CLERAMBAULT»

MANUEL Gálvez, el ilustre novelista argentino, y Roberto G. Giusti, han traducido al castellano *Clerambault*, la novela en que Romain Rolland nos describe la historia de una conciencia libre durante la guerra, casi autobiográficamente.

Me complace mucho inducir de esa traducción un rumbo espiritual nuevo en el traductor; desde los tiempos en que Manuel Gálvez reflejó en *El Solar de la Raza* el pseudo-espiritualismo nacionalista francés, hasta el momento en que consagra su pluma a la propaganda humanitaria y antibélica de Rolland, media toda una saludable crisis...

La versión de *Clerambault*, publicada por la Editorial Pax, de Buenos Aires, viene a unirse a las de Leonhard Frank y Andreas Latzko, de que hemos hablado ya en estas páginas. El asunto del libro—afirma el autor—es la absorción del alma individual en el abismo del alma de las multitudes, en «la oscura voluntad del hormiguero».

Hoy, en plena desilusión de todos los mesianismos bélicos (la guerra por la Paz, la última guerra, la guerra por la Libertad y el Derecho), el libro de Rolland resuena como formidable requisitoria contra una sociedad indigna de vencer. Libro contra la guerra material en todas sus formas; pero libro realmente bélico como grito de guerra espiritual.

Recordemos la figura del autor y su gesto ante la guerra. En los primeros días, la diáfana de su conciencia le infundió la ilusión de que era posible un llamamiento a las selecciones espirituales germánicas contra la embestida feroz de la oligarquía-cesárea. Fue el momento de su carta a Gerhard Hauptmann: Después, cuando vio surgir en su propio país la injusticia de la pasionalidad plebeya desatada, elevó su alma «audessus de la mêlée», y en esa posición se mantuvo inmovible. Y es justo decir que siempre le acompañó el respeto de todos.

Su último libro, reverso admirable y nobilísimo de la leyenda bélica, tiene un valor abstracto, definitivo. Esa conciencia libre, bajo la opresión envilecedora de la brutal contienda, rescata y compensa las tristes glorias del triunfo, y revela una consoladora persistencia de humanidad en medio del retorno de la bestia ancestral.

Lo que hay es que una conciencia libre, ante la guerra, no se plantea únicamente el problema de optar entre la guerra y la paz, entre el bien y el mal, sino que lo más grave es la impropia y angustiosa indagación de la justicia, de la inocencia, del derecho; la averiguación de cuál de los dos contendientes es el que defiende y cuál el que ataca; cuál tie-

Retornábamos ya, en busca del tranvía. La gitana a quien antes socorrí avanzaba hacia nosotros con su cachorro a horcajadas en la cadera. Instintivamente me aferré al brazo de mi amigo, parapetándome tras él, como en evitación de un peligro inminente. Creo que si aquella mujer llega a dirigirme la palabra, me hubiese acometido un síncope. Cuando se alejó, respiré satisfecho, cual si acabase de salvar mi vida...

ne razón al aceptar la dolorosa y humillante violencia.

El Estado no es la Patria—dice Rolland—. Precisamente ahí radica la espantosa ambigüedad que arrastra los pueblos a tales ignominias. Cuando una guerra estalla, el tesoro de cultura y civilización aportado por los pueblos que van a luchar es comprometido por una minoría que usurpa, muchas veces, la personalidad de la nación; y las aristarquías espirituales son arrastradas al abismo por la iniciativa indolente y cruel de aquellos oligarcas, apoyados en las muchedumbres que embriagaron previamente con el *haschisch* de las idolatrias.

Hay en ese libro páginas de ruda invectiva contra el papel de la inteligencia envilecida por la servidumbre, y puesta al servicio de la farsa, como el sofista griego degradado por Roma, convertido en leno, en rufián, en *Graeculus*. De ahí deriva precisamente la absurda formación de la Historia oficial, que es la historia del éxito, la divinización del

vencedor, por brutal e injusto que sea.

¿Qué lugar ocupa Romain Rolland en la escala de valores del pacifismo? Educado precisamente en la espiritualidad germánica de los primeros románticos, al amparo de la noble ilusión kantiana de paz universal, y bajo el ritmo de la oda de Schiller, sublimada por Beethoven en la Novena, Romain Rolland, aun siendo biógrafo fervoroso de Tolstói, está muy lejos de la absoluta pasividad del consejo evangélico: *No resistais al malo*. «Los cristianos de hoy día—observa—, más generosos que su Maestro, dan todo a César.» «El estoicismo—escribe también—, sometiendo a las leyes del universo, impide luchar contra las que son crueles.» Pero una repugnancia nativa por toda violencia refrena los ímpetus de su valeroso intervencionismo; y ante nosotros surge el dilema atroz: si no combatimos el mal con la fuerza, contribuimos a su victoria; y si lo combatimos, obramos también el mal, y nuestra violencia difundirá su negra ejemplaridad entre los hombres, y la barbarie perdurará. Puede decirse que la suprema y terrible lección de la pasada guerra encuéntrase en ese pensamiento torturador, tristemente confirmado por los hechos.

Sobre las ruinas de los pueblos destruidos, en que chocaron las naciones enemigas, surge el nuevo combate de las clases enemigas, que revela una separación más honda todavía entre los hombres. Pero Rolland nos dice, muy justamente, que también hay en el seno de las patrias espíritus que de hecho pertenecen a familias diferentes, actuales, pasadas o por venir, esparcidas en Estados diversos. «Reprochar a esos desterrados voluntarios su no sometimiento a la patria equivale a reprochar a los irlandeses o a los polacos su voluntad de no dejarse tragar por Inglaterra o por Prusia. Esos hombres doquiera permanecen fieles a la verdadera Patria. Vosotros, los que pretendéis que esta guerra tiene por

objeto devolver a cada pueblo el derecho a disponer de sí mismo, ¿cuándo devolveréis ese derecho a la República dispersa de las almas libres del mundo entero?»

Tampoco el pacifismo de Rolland es el de las agrupaciones políticas organizadas para luchar contra la sociedad presente; porque se lo impide un temor a la instauración de los principios absolutos en monstruos divinos, opresores de la vida y de los hombres; y teme, sobre todo, a la irrupción de una multitud que devore al individuo.

Más lejos está todavía del pacifismo oficial, enfático y tartufesco, pronto a entonar sus ditirambos guerreros y sus justificaciones farisaicas a la primera ocasión en que se lo ordene la razón de Estado. Romain Rolland, como redención y excusa de la victoria, está colocado entre la agresión juvenil de un Barbusse, que parece el reflejo de la ola guerrera contra sus impulsores, y el epicureísmo galo de un France, excesivamente compenetrado con su raza para ser eficaz contra ella. Toda la fuerza de Rolland radica en su exquisito y sutil germanismo, que le permite hacerse superior a las dos razas en medio del choque, para más libremente juzgarlas; parece un rebote de aquella infantilidad sublime de Schiller, adaptada a nuestra hora de superior conciencia evolutiva.

El contraste entre esa conciencia y los restos sobrevivientes de la bestia ancestral ha sido la tragedia interior de las selecciones ante la guerra. La conducta, la realidad, el hecho, desmintieron pavorosamente la idealidad infundida en los pueblos por una lenta ascensión invisible de la planta humana. Y en algunos espíritus esa lucha tomó las apariencias de una guerra, insospechada por los que luchaban en la otra...

¿La guerra contra la guerra! No—dice Rolland—. No sólo para él, el fin no justifica los medios, sino que «dos medios importan todavía más para el verdadero progreso que el fin. ¿El fin? ¿Hay alguna vez un fin?»

Recojo también en esas páginas un pensamiento que desde hace mucho tiempo es norma de mi vida: «Sea al menos uno de los frutos de esta guerra de las naciones la fusión de la flor de las clases, la unión de las dos juventudes, el mundo del trabajo manual y el del pensamiento, que deben, completándose, renovar el porvenir.»

Pero siempre flota sobre el redentorismo de la vida quijotesca del mártir Clerambault el ideal aristárquico de un Schopenhauer o de un Renan: «Millones de hombres han vivido y han muerto para que surja una flor suprema de pensamiento... Pero no levantamos el ideal egoísta del superhombre. Un hombre que es grande es grande para todos los hombres... No hay sino dos suertes de espíritus: los que se encierran entre barreras y los que están abiertos a todo lo que es viviente, y llevan en ellos la humanidad entera, aun sus propios enemigos... El Uno contra todos es el Uno para todos. Y pronto será el Uno con todos.»

Así se encara Clerambault con la esfinge de la Patria, en la cual se reproduce la antigua Loba romana, jurídica y carnívora.

Y así también, lectores, mi espíritu ha recogido en las palabras de Clerambault, por una paradoja sutilmente moral, una patriótica ilustración que purifica a Francia de muchas culpas y lava sus manchas sangrientas... A los ojos de un verdadero patriota, ¿cuánto más francés resulta ese libro que las sofismas xenóforas de un Barrés, «lechuza temblorosa, encaramada sobre un ciprés de cementerio»

Gabriel ALOMAR

LOS POETAS

El llanto de la campana

Reza la vieja campana
de la iglesia pueblerina
su vespéral oración.
La tarde muere. Lejana
cruza rauda golondrina
la campiña. Una canción
melancólica y vulgar
llega desde la besana.
El hastío del lugar
llora la vieja campana.
El cielo, gris azulado,
tiene la aridez del yermo.
La luna, lívida y yerta,
es el rostro demacrado
de un adolescente enfermo,
de una joven virgen muerta.
Aucando penosamente,

sostenido en su cayado,
pasa silenciosamente
un anciano ensimismado.
La aldea, triste y dormida,
da la sensación amarga
de una ciudad moribunda;
un sepulcro de la vida,
una insoportable carga
es en su quietud profunda.
¡Extraviado viandante
—pobre sombra dolorida—,
sigue camino adelante
si quieres librar tu vida
de la tristeza del lar!
Cesa el canto en la besana.
El hastío del lugar
llora la vieja campana.

José VEGA

Tarde de lluvia

La lluvia sobre el jardín...
Esta tarde mi alma tiene
una tristeza sin fin
por la amada que no viene...

Con la tarde mi alma llora...
Il pleut dans mon cœur... (Y en
mi corazón se desflora
la romanza de Verlaine.)

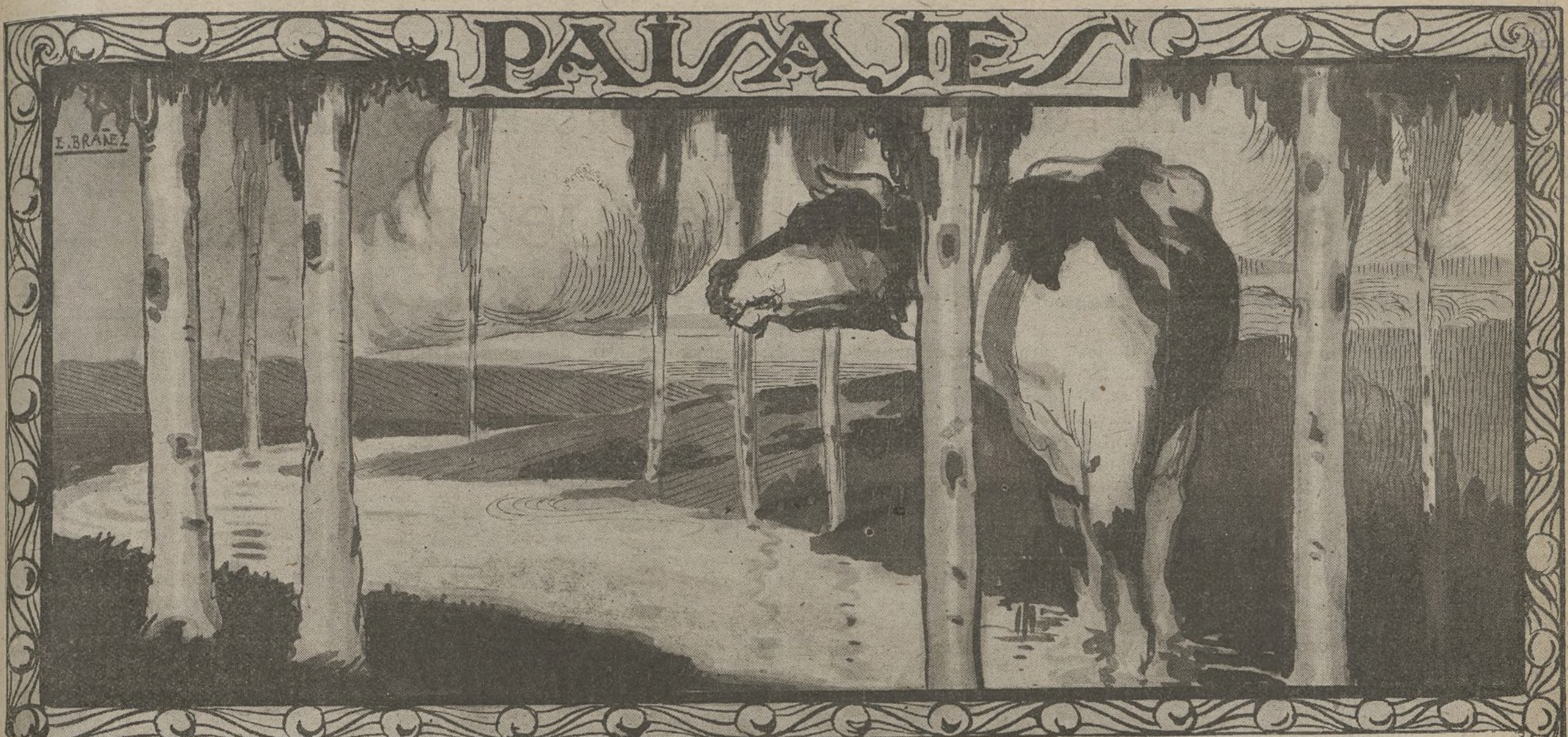
Tarde hecha para el amor...
¡En los brazos de la amada,

y besarla, entre este olor
divino a tierra mojada!...

Oír su charla mimosa...
(¿Me quieres?...—¡Eres mi vida!...)
¡Oh dolor de esta sáudosa
tarde, por la amada ida!...

¡Dolor de espera y de olvido!...
¡Oh, la tristeza sin fin
por todo lo que se ha ido!
La lluvia sobre el jardín...

Eduardo ONTAÑÓN



HORAS DE SOL

La tarde es como un ascua.

Roja siesta

del claro mes de julio.

Junto al río,
pace, lenta, una vaca, en cuyos ojos,
por un hondo sopor adormecidos,
se refleja el paisaje, detallado,
hecho todo de luces, cristalino,
igual que en esas pompas que a los aires,
irisadas de sol, lanzan los niños.

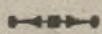
Los ásperos jarales polvorientos,
los zarzales en flor y los lentiscos,
las rugosas encinas verdinegras
y los troncos resacos de los pinos,
con anchos lagrimones de resina
como gotas de plomo derretido,
tienen agrios olores que recuerdan
la paz de los establos campesinos.

En el fondo del agua, transparente
por la fuerza del sol, brillan los guijos,
y en los bordes del cauce, entre los juncos
que retrata, al pasar, trémulo el río,
incansables las sórdidas arañas,
como el tiempo, sin vez, tejen sus hilos.

Cruza el cielo una nube, solitario
blanco bajel con rumbo al infinito,
y allá, lejos, muy lejos, casi casi
con la línea del cielo confundidos,
unos montes de cimas plateadas
dejan ver sus contornos azulinos.

La vaca, triste y mansa, entre unos álamos,
pace la mustia yerba.

Pensativos,
sus ojos, entretanto, ven las horas
rodar, como la nube, al infinito,
y en la quietud dormida de la tarde,
roja siesta de sol en pleno estío,
sommolienta, una esquila, dulcemente,
da a los ecos del campo sus sonidos.



BAJO LA BRUMA

Meditando, de pie tras mis cristales,
que empañan, poco a poco, los cendales
de una niebla sutil, miro, en la noche,
la ciudad silenciosa.

Vagos ruidos,
ecos, más que escuchados,
en la noche sin voz adivinados,

suben a mi ventana, entumecidos,
de las calles desiertas.

Rueda un coche,
y, a intervalos, percibo las pisadas,
apenas presentidas ya apagadas,
de alguno que camina, presuroso,
en busca de su hogar.

Fuliginoso
manto que lagrimea persistente
—ya gotea tenaz de los aleros—
va poniendo la niebla, lentamente,
en torno de los fríos reverberos.

La ciudad se ha dormido bajo el toldo
de una niebla implacable.

Sólo, incierto,
con tenue resplandor, brilla el rescoldo
que fué llama en mi alegre chimenea.

Melancólicamente, casi yerto,
suenan un reloj.

La idea
de que aún vivo me acosa, y, despertando
de este sueño de nieblas a la vida,
cerca ya de mi hoguera adormecida,
veo, triste, a su luz, que estoy llorando.

Fernando LOPEZ MARTIN



LAS INFLUENCIAS DE NUESTRO ESPÍRITU

El arte rutilante de León Bakst

La aparición, ya casi invariablemente anual, de los bailes rusos en el escenario del Real sostiene forzosamente un «contacto directo» entre nuestra sensibilidad artística y las nuevas modalidades decorativas aportadas por las huestes de Sergio Diaghilew. Los bailes rusos han venido a ser así, desde unos cuantos

años, la corriente directora de gran parte de nuestro arte. Antes, ya había sido el manantial inspirador de gran parte del arte de los demás países. Y como quien dice bailes rusos dice, al menos en lo que pudiera llamarse su «eje especialmente decorativo» — color y líneas dominantes —, León Bakst, no es exagerado afirmar que León Bakst viene a ser, desde unos cuantos años, uno de los principales *propulsores* del arte de Europa. Es decir, hoy día, del arte universal.

El arte ruso se nos presenta como el arte decorativo y colorista por excelencia: lo mismo en una sinfonía de Rimsky que en una composición teatral de León Bakst, el carácter dominante es la visualidad, y de ahí viene que, más aún que el arte extremo oriental y el arte múnichés, el arte ruso sea la fuente de la decoración moderna.

La estilización es la condición primera del arte ruso, y se manifiesta lo mismo en los sueños bizantinos de Bakst, en el arcaísmo sabio, casi cerebral de los grabados de Bilibine, que en las melopeas unitativas de la música de Borodine. Ahora bien, esta estilización, este carácter decorativo del arte ruso son lo contrario de la tendencia decorativa que sugiere a tantos artistas — principalmente pintores — de otros países y, verbigracia, de España. Y en esto radica la fuerza de Bakst y su potencialidad de *influencia expresiva*.

Hoy que el arte de otros siglos ya no nos puede satisfacer, por estar demasiado lejos de nuestras inquietudes, y que las torres de marfil aparecen no como una salvaguardia, sino como una impotencia, no es posible admitir el libro que sólo dice la belleza de frases sin ideas, ni la obra de arte que sólo muestra el capricho sin fundamento de sus líneas y de sus colores. Por consiguiente, hoy más que nunca, el arte tiene que dasechar la armonía puramente exterior, y la estilización irrazonada no puede existir más que en producciones, que, por la complejidad de la vida actual, permanecen forzosamente fuera de la esencia de esta vida: todas las artes menores. Y, sin embargo, en arte, el triunfo de la artimaña sobre la emoción crece de día en día, y esa belleza fácil y arbitraria, generalmente entendida por «arte decorativo», suele apoyar su preponderancia en la deslumbradora visualidad de la estilización rusa. Y el arte

ruso debería ser precisamente la manifestación que más fuertemente afirmase la inanidad de todo aspecto que no expresa un fondo, la imposibilidad de todo resultado que no proviene lógicamente de un *estado de cosas* inconscientemente establecido y conscientemente aceptado, pues todas las manifestaciones de este arte

plejidad del uno y la sencillez que requiere el otro para imponer toda su fuerza, se completan y van indisolublemente unidas. De este instinto de simplificación llevado al extremo junto a ornamentaciones recargadas hasta el extremo también, nos da un primer ejemplo el arte popular ruso; es decir, la razón, la justificación

de todos sus modernismos, por disonantes e improvisados que parezcan: la estampa popular, el *kustari*, la figurita ingenua de barro cocido, y el ikóno sumptuoso y hierático; no es difícil hacer remontar directamente hasta ellos las estilizaciones de León Bakst.

Si Bakst no fuese un descendiente espiritual de Bizancio y un heredero directo de la magnificencia de los ikónos, del carácter de los *kustaris* y de la estilización de las estampas murales — esas estampas que en un tiempo llegaron a cubrir enteras las paredes interiores, incluso las de las iglesias y de los monasterios —, sería solamente un artista de gran fantasía y gran imaginación, y sus obras no sobrepasarían lo agradable del momento. Siendo como es expresión y resumen del genio completo de una raza, de toda su tradición y todos sus instintos artísticos, es un verdadero creador que prolonga y amplía en su obra las obras de los creadores que le han precedido.

Peladán, gran admirador de León Bakst, tenía, en un estudio publicado acerca de él, hace unos cuantos años, se extraviase su genio con la *exageración* eslava. Pero nosotros, también distantes de la *juste mesure*, del comedimiento de un espíritu que, cual el de Francia, razona demasiado su equilibrio y se gusta demasiado a sí mismo para tener fuerza de instintos, no podemos abrigar el mismo temor. También nosotros somos *bárbaros*. Son el arte ruso y el arte español los únicos que toman hoy día su fuerza en sí mismos y que — por cima de todos los contagios y todas las influencias — lo proclaman con esa *brutalidad*, esa *exageración* que es la cualidad más alta de la creación artística, algo así como el estandarte de su sinceridad y de su independencia: los mismos primitivos, tan apacibles en la certidumbre de su fe, cegábanse brutalmente a cuanto no era su ideal.

Y el arte de Bakst, refinado hasta el «decadentismo», es, por nacido en las fuentes más espontáneas de su raza, bárbaro y brutal. Se puede aprovechar su ejemplo; pero intentar crear otro arte con la sola unitación de su exterioridad, es querer aprovechar para manifestaciones superficiales una belleza lógica aun en sus más caprichosas apariencias.

Margarita NELKEN



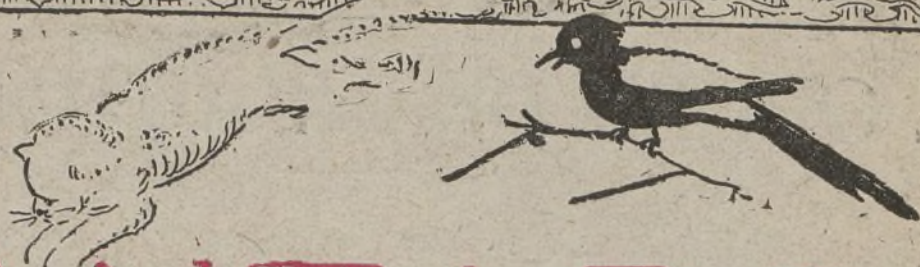
LA DANZA DE NARCISO:—MUESTRA TÍPICA DEL ESTILO DE BAKST

brotan, y siempre directamente, de la idiosincrasia y el folklore nacionales.

El gusto de la ornamentación es tan peculiar al arte ruso como la orgía cromática. Estas dos características — la vibración intensa de los tonos y la rutilación de los adornos — constituyen los dos grandes distintivos del arte eslavo; y, aunque parezca paradójico, la com-

EL PALACIO

ENCANTADO



HABÍA una vez un niño muy bueno y juicioso, que se llamaba Totó, y tenía una hermana, tan guapa como traviesa, que se llamaba Esmeralda.

Una noche, los padres de Totó, creyendo dormidos a sus hijos, hablaban muy preocupados. Y decía el padre:

—Cuida, mujer, de que los niños no salgan solos. Mira que son muchos los que han ido al palacio encantado, que está sobre la montaña, de la maga Roca Blanca, atraídos por el deseo de ver sus maravillas y recibir los juguetes que regala a cuantos llegan hasta el pie de su trono, y ninguno ha vuelto.

—¿Y qué habrá sido de ellos?— preguntaba la madre.

—Corre el rumor de que a cuantos beben en cualquiera de las siete fuentes que hay en el palacio, o tocan los juguetes que encuentran, o cortan flores de los jardines, les sucede una desgracia.

—¿Qué horrible!— exclamó la madre con espanto—. ¿Y no habrá salvación para tantos pobrecitos?

—Hay quien asegura que si hubiese un niño que saliera vencedor en todas las pruebas, podría salvarlos. Porque los mayores no pueden penetrar en el palacio. Los que han ido, ni han logrado que les abran las puertas, ni derribarlas, ni escalar las ventanas, que están tan altas como pequeñas son.

Totó, que estaba despierto, enteróse de cuanto sus padres hablaban, y al día siguiente le dijo en secreto a Esmeralda que se marchaba al palacio de las siete fuentes, que fuera muy buena y consolará a sus padres en su ausencia; pero como la niña era muy curiosa, repuso que si no la llevaba, le acusaría a su mamá; y Totó tuvo que consentir, y juntos emprendieron el camino. Juicioso, como siempre, el niño llevaba pan, queso, fruta y un cantarito de agua; por eso, cuando llegaron al palacio no tenían sed. Llamó Esmeralda a la puerta, y, abriéndola sola, halláronse en un patio en cuyo centro había una preciosa fuente, cuyas cristalinas aguas, al caer en la ancha taza de mármol blanco de las siete caños de oro, cantaban así:

«Bebed, niños, bebed; soy el agua maravillosa que si bebéis os hará hermosos, y si sois guapos, os hará más guapos.»

Pero ante los asombrados niños apareció un letrado, que decía:

«Ay de aquel que beba en alguna de las siete fuentes, corte una flor o tome un juguete!»

Esmeralda, que era muy presumida, quiso beber, a pesar del misterioso letrado, que había desaparecido como apareció; pero Totó pudo evitarlo.

Siguieron adelante y se hallaron en un jardín; todas las flores eran tan raras como bonitas y oían muy bien, cantando al ser movidas por el viento:

el patio muchos perritos, gatitos y ratones, que, dando saltos y armando gran bullicio, gritaban unos:

«Bebe, niña, bebe, que yo también bebí.» Y exclamaban otros: «No bebas, que serás castigada.»

Pero Esmeralda no hacía caso, y rechazando con un empujón a su hermano, que trataba de alejarla de la fuente, bebió. Mas apenas hubo probado el agua mágica se convirtió en paloma, y, volando, fué a posarse sobre el hombro de su hermano, que, llorando, siguió su camino indiferente a cuanto veía y sor-do a cuantas palabras escuchaba.

Bien pronto llegó a una puerta de oro que estaba cerrada; pero, al acercarse él, se abrió de par en par y salieron muchas hermosas damas, que, acariciándole, leváronle ante un trono, también de oro, donde estaba sentada Rosablanca.

Totó, con la palomita sobre el hombro, acercóse a ella y se arrodilló a sus pies.

—Bien venido, Totó— dijo la Maga—; te felicito porque sólo tú has salido vencedor en todas las pruebas. ¿Y esa paloma?...

—Señora, es mi hermanita Esmeralda, que, desoyendo mis ruegos, bebió agua... Vos, que sois tan hermosa, haced que cese el encanto, porque, si no, mi pobre madre se morirá de pena.

—Tú mismo puedes hacer eso— contestó la Maga—. Toma esta varita—y dióle una de marfil—y toca con ella a la paloma y a todos los pájaros, gatos, ratones y perritos, y volverán a su forma natural inmediatamente.

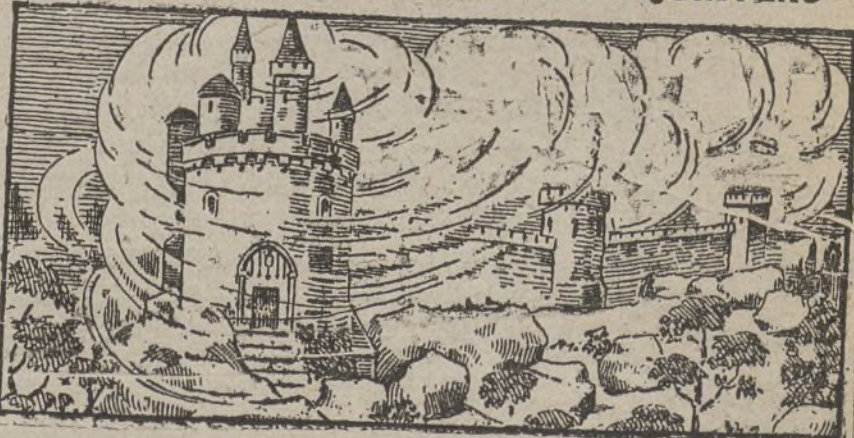
Dispúsose a ello el niño; pero como habían sido desobedientes, temían que les iba a castigar, y tanto la paloma como los demás pájaros volaban, y casi todos los

animalitos corrían, huyendo de él, por lo que tuvo que correr no poco para tocarlos a todos con la varita; pero como era tan bueno, dió por bien empleado el trabajo al ver desencantados a tantos niños, muchos de ellos amiguitos suyos, que brincando de alegría le daban las gracias.

Entonces la Maga le regaló muchos juguetes para él y mucho dinero para sus padres; y el niño, después de darle las gracias, emprendió el regreso con su hermana y sus compañeros.

Grande fué su alegría al encontrar a la puerta del palacio a sus buenos papás, que, sospechando habían ido a él, no tuvieron ánimo para regresar a su casa; y ellos, orgullosos de tener un hijo tan bueno y tan listo, le dieron muchos besos y fueron muy felices. Y los padres de los demás niños hicieron muchos regalos a Totó, y... ¡colorín, colorao!...

María BERTA QUINTERO



«Cógeme, que al que me corte le harán un regalo.»

Y los pájaros que revoloteaban por el jardín cantaban:

«Coged flores, que nosotros también las cogimos.»

Esmeralda quiso cortar algunas; pero su hermano recordóle el terrible letrado, y siguieron adelante, entrando en un salón precioso lleno de juguetes muy bonitos; y en el centro había otra fuente, y sus aguas cantaban:

«Venid y bebed, niños, que este agua maravillosa os hará dueños de todos esos juguetes.»

Esmeralda quiso tomar una hermosa muñeca y beber en la fuente; pero su hermano la detuvo, y continuaron su camino, atravesando otros varios jardines, salones y patios maravillosos, sordo siempre Totó a las promesas engañosas del agua de las fuentes y a las de las flores.

Llegaron junto a la séptima fuente; era tan hermosa que se quedaron admirados, y sus aguas cantaban:

«Acercaos, niños, y bebed. Soy el agua mágica que doy la virtud de aprender las lecciones sin estudiarlas y de hacer las labores sin que dejéis vuestros juegos.»

Esmeralda, que era muy juguetona y poco estudiosa, no pudo resistir más; soltó la mano de su hermano y acercóse corriendo a la fuente. Entonces entraron en

LA VIDA SE COMPLICA

DE ORDEN DE LA AUTORIDAD

Es bastante difícil para el que quiera ser un perfecto ciudadano seguir al pie de la letra todas las disposiciones, bandos, ordenanzas y mandatos que sobre él pesan desde que abre los ojos y siente las primeras caricias del sol o los primeros resoplidos de la criada hasta que el sereno le entrega una cerilla y le dice: «Que usted descansa, señorito!», como si quisiera añadir: «Y anda con Dios, que ya te has ganado la cama, aunque duermas cara a la pared!»

¡Porque hay que ver lo difícil que es no incurrir en falta y contraer responsabilidad ante las autoridades, empeñadas en que la vida de la población tenga toda la solemnidad de una recepción académica!

—¿Qué modo de reir es ese? ¿Es que se ha figurado usted que las calles son para divertirse? ¿Son para transeuntar por ellas!

—Hombre, guardia, yo no he faltado a nadie, y me reía porque este amigo me ha hecho un chiste que si le ponen en una obra hay un alboroto. Verá usted el chiste; es así...

—¡Alto! A mí, estando de servicio, no se me dicen chirigotas.

—¿Le molestan al casco?

Y como ve usted que el semblante del guardia se enfurruña, lo más conveniente es alejarse muy de prisa y decirle al amigo: —No me vuelvas a poner en otro compromiso. Cuando vayamos juntos, hablemos de cosas tristes: de la familia, de la escasez de dinero o de los cólicos que proporcionan los pimientos fritos, y si se te ocurre alguna gracia, me pones una postal con ella.

Lo cierto y positivo es que, aunque se quiera ser un fiel cumplidor de todo lo mandado, no puede ser. ¿Ha dejado de piopearse, por ejemplo? ¡Ca! Que pasa una muchacha de esas que merecen un «¡Madre de mis ojos!» o «¡Vaya con Dios el cuarto de kilo de canela!» Pues no se puede uno quedar con la frase dentro del cuerpo. Lo más que se hace es tomar precauciones para ver si no hay guardias a la vista y soltar el piopeo con una cara muy seria y triste, para tener siempre la salida de decir, si se ve comprometido, que no fué piopeo, sino petición de limosna lo que le hizo acercarse a la muchacha. Con lo cual, además, se corre la aventura de que la interesada, mostrándose parte en el engaño, saque un perro chico y se lo entregue al galanteador, diciendo: «¡Ahí va; y perdón, hermano, si no le doy más!» Es decir, que, o queda uno mejor que Enrique IV, el rey galante, o se lleva un sobresueldo a su casa.

Verdaderamente, las circunstancias y normas de la vida han cambiado de tal modo en estos últimos tiempos, que ya no puede sorprendernos ninguna orden, por extraña que sea y nos parezca.

—¿Qué haces, mujercita?

—Tíñendome el pelo.

—¿Te has vuelto loca? Tú que eras rubia, como Ofelia, ¿te vas a poner más negra que el Gallo?

—Bastante lo siento; pero tengo que acatar las órdenes de la autoridad. Han dividido a Madrid en zonas para rubias, morenas, castañas y pelirrojas, y como nosotros vivimos en un barrio donde no está permitida la rubicundez, pues aquí me tienes que, por no incurrir en responsabilidad, me estoy poniendo de negra

que cuando me vean se van a asustar hasta los chicos de la portera.

Tras esta orden que así cambia la fisonomía de las personas, vendrá otra que obligará a comer cocido los jueves e impondrá la condición de que se tenga voz de barítono y se canten trozos escogidos de nuestras clásicas zarzuelas. Claro está que contra todas estas órdenes trataremos de formular las naturales protestas; pero nuestro empeño será vano y nuestras reclamaciones desatendidas.

—Usted tiene que cantar para el sábadito la romanza de *Pan y Toros*, o incurrirá en la responsabilidad consiguiente.

—Le advierto a usted que un becerro a mi lado es Titta Rufo.

—Pues arrégleselas como pueda; pero hay orden de que se barítonee, y usted barítonea o se atiene a las consecuencias.

Tras esto viene la preocupación, y el ciudadano amenazado no sabe qué hacer para acatar la orden; pero todo es inútil, y comienza a enflaquecer, a estar triste y a saberle la boca a papel secante, sin conseguir ponerse en condiciones, hasta que ya, harto, acude ante las autoridades que dieron la orden.

—Todo es en vano. Veán ustedes: ¡Bée!

Suelta un berrido y cae redondo al suelo, como si aquel esfuerzo vocal le hubiese dejado para el arrastre. ¡Qué vida, señor, qué vida! Hay que ver cómo nos la han arreglado entre unos y otros. ¡Como para que presentemos la dimisión de ella inmediatamente!

A. R. BONNAT

UN LIBRITO ESPURIO

EL «ARANCEL DE NECEDADES»

No es de Mateo Alemán, sino torpe mutilación de un opúsculo de Quevedo

CUANDO, en 24 del pasado abril, nuestra apreciada hoja de LOS LUNES insertó como original del ingeniosísimo autor de *Guzmán de Alfarache* el *Arancel de necedades y desvelos ordinarios*, fué grande la sorpresa que recibimos.

Desde el primer instante nos imaginamos lo fácil que era sufrir una ofuscación. El mismo interés bibliográfico la explica y justifica. Porque de todos era conocida aquella prosa cincelada, si bien el opúsculo no es de Mateo Alemán, sino un breve trozo de las *Premáticas y aranceles generales* que en 1604 escribiera don Francisco de Quevedo, príncipe de la poligrafía.

La portada, con el grabado del supuesto autor y la fecha de 1615 tentaban a una confusión, aunque esa misma data—rastreado el paradero, a la sazón, de Mateo Alemán—, infundía ya sospechas, así como el añadido de *Alfarache* con que el impresor inventó el segundo apellido del preclaro novelista.

Estas confusiones son sumamente disculpables, habida cuenta del sinnúmero de opúsculos atribuidos a Quevedo. Existen ediciones autorizadas de sus obras donde se incluyen no ya poesías que el célebre satírico no escribió, sino toda una novela, *El Perro y la Calentura*, original de un amigo suyo, el elegantísimo escritor antequerano Pedro de Espinosa.

Sin embargo, no puede caber duda acerca de que sea Quevedo el autor de las *Premáticas y aranceles generales*, por las razones que se aducirán. Así, lo sucedido debió de ser lo siguiente: Que a manos de Juan Crisóstomo Garriz, el impresor valenciano, llegó una copia manuscrita, mutilada, de las dichas *Premáticas y aranceles generales*, por D. Francisco de Quevedo Villegas, poeta de cuartro ojos (así rezaban), que también llevó por título *Premática de aranceles generales que deben observar los doctos y los tontos, pues para todos se escribe* (códice de Benegas, siglo XVII); llegó a sus manos, digo, una copia de éstas, que corrían manuscritas sin nombre de autor, vió negocio editorial y prohibió la obra a Mateo Alemán, al olor de lo bien que se vendía su referido *Guzmán de Alfarache*.

Y justo es indicar que el expresado Garriz fué desafortunado en el manuscrito, pues no poseyó ni siquiera la mitad de él, viéndose obligado a imprimir el *Laus Deo* final, a los pocos párrafos de comenzada la composición, que en el original quevedesco se continúa extensamente hasta llenar dos páginas y media más, en cuarto mayor. De modo que Garriz no reprodujo sino una tercera parte del gracioso opúsculo, vandalismo que debieron de cometer otros muchos impresores, por cuanto Quevedo protestó contra el desmán y la desfiguración de algunos párrafos y conceptos, moviéndole a mandar, limpiar y acicalar posteriormente la obra, en 1628, y darla a la estampa en Barcelona en febrero del año siguiente, con el título de *Premática del Tiempo*, que insertó al folio 152 de su libro *Desvelos soñolientos y discursos de verdades soñadas*. Las protestas del incommensurable polígrafo dieron fin a las ediciones fraudulentas—por una de *El Buscón* fueron perseguidos, condenados y multados por la sala de Justicia del Supremo Consejo de Castilla, en 16 de mayo de 1627, la viuda de Alonso Martín, cuya imprenta sirvió de instrumento para el fraude, y el librero madrileño Alonso Pérez, padre del doctor Pérez de Montalbán, lo que dió origen a la eterna enemistad entre Quevedo y este escritor—; pero no hubo modo de impedir que el mercader Pedro Coello, fallecido ya el señor de la Torre de Juan Abad, incluyese la *Premática* en la *Enseñanza entretenida, y donairosa moralidad comprendida en el archivo ingenioso de las obras de don Francisco* (julio de 1648), ni que Fopens la insertase también en su colección belga de 1660.

Completando estas observaciones, es preciso reseñar que las obras de juventud de Quevedo—como es la que nos ocupa—no se imprimieron en principio, sino que profusamente anduvieron manuscritas en España y fuera de ella; tal aconteció con la *Premática que este año de 1600 se ordenó*; la *Premática contra las cotorreras*, escrita en 1 de junio de 1609, titulada también *Premática que han de guardar las hermanas comunes*, y *Relación de las leyes de constituciones*

contra las damas cortesanas (*), lechadas por el hermano mayor del regodeo y cofrades de la carcajada (que permaneció inédita hasta 1845); la *Premática que se ha de guardar por los dudosos a las mujeres*, escrita en el verano de 1609, que asimismo se llama *Tasa de las hermanitas del pecar* y *Tasa de la herramienta del gusto* (aun hoy inédita por escandalosa, pero de gracia y donosura incomparables); las *Premáticas del Desengaño contra los poetas güeros* (1605, impresa en 1626); la *Genealogía de los modorros*, el *Desposorio entre el Casar y la Juventud* y el *Origen y definiciones de la Necedad*, con anotaciones y algunas necesidades de las que se usan (que permanece inédito).

Todas estas obras, escritas, como decía el mismo Quevedo, «con ingenio facineroso en los hervores de la niñez», corrieron, pues, adulteradas, incluso la *Premática del Tiempo*, que antes se intituló *Premáticas destos reinos*, y causaron no poco escándalo y regocijo, por lo que fueron blanco preferente de las iras del Tribunal de la justa venganza, escrita por Pacheco de Narváez y otros, asesorados por el P. Niseno, contra Quevedo.

Este mismo Tribunal, libelo rufanesco e indecente, es el que prueba de modo indubitable que el *Arancel de necedades* no es de Mateo Alemán, sino de Quevedo; es decir, sus *Premáticas y aranceles generales*, pues fueron denunciadas a la Inquisición, como puede verse en la página 23 de aquella obra y más adelante en la 57, en las cuales se trasladan sendos trozos. Examinémoslos.

Por LOS LUNES DE EL IMPARCIAL de la fecha indicada al principio, se verá que la obra falsamente atribuida a Mateo Alemán se corta en las siguientes palabras, tras las cuales se remata con el *Laus Deo*:

«Los que sonándose las narices, en haciendo el lienzo lo miran con mucho espacio, como si les hubiera [hubiese dice el original de Quevedo] perlas dellas [por ellas en el original], y las quisieran poner en cobro, condenámoslos por hermanos, y que cada vez que incurriesen en ello [sin estas dos palabras en el original], den una limosna para el hospital de los incurables, porque nunca falta quien otro tanto por ellos haga.» [En el original, «quien haga otro tanto por ellos».]

La otra continúa así en Quevedo: «Los que teniendo particular amistad con su amigo, cada vez que se ven, aunque sea en un día tres veces, le preguntan: «¿Cómo está vuestra merced? ¿Cómo le va», les condenamos por necios de marca mayor, pues hasta que le pregunte cada semana una vez, y esto ha de ser no le viendo más en toda ella.»

Naturalmente, no vamos a reproducir aquí el extensísimo arancel quevedesco, sino sólo señalar los dos párrafos denunciados a la Inquisición por el repugnante y farisaico Tribunal de la justa venganza. Se hallan más adelante, a los cincuenta renglones, y dice el primero:

«Los que yendo de camino, en las ventanillas o mesones por donde pasaren, hurtaren a los venteros o mesoneros cualquier género de hurto, o en la cuenta que hiciesen les echaren de clavo alguna cantidad, les absolvemos, damos por libres y facultad para que lo puedan continuar sin que por ello incurran en pena alguna.»

Párrafo tan ingenioso, que pinta admirablemente los robos y hurtos que cometían los venteros, fué calificado por el

(*) Algunos años antes Vicente Espinel trazaba una obra de este género, *Sátira contra las damas de Sevilla*.

Tribunal antedicho de proposición herética; a tal extremo de ridiculez llegan a veces el odio y la calumnia.

El otro párrafo que escandalizaba al mismo Tribunal es el siguiente: «Los que sirviendo a alguna dama, la llevaren en casa del mercader y mandasen que se le dé todo cuanto pidiere, los mandamos remitir con los incurables, y mandamos se tenga mucha cuenta con ellos, porque corre muy gran riesgo su cabeza. Y juntamente absolvemos a los mercaderes de todo lo que en esta razón tomaren por modo de hurto o latrocinio [estas fueron las palabras que soliviantaron al Tribunal], con declaración que hacemos que si después no cobraren cantidad ninguna, no puedan pedir la mercadería en el estado que estuviese, como muchos han intentado. Y que este capítulo se fije y ponga a la puerta de Guadalajara y en las demás partes donde vivieren mercaderes, para que venga a noticia de todos y de ello no pretendan ignorancia.»

El trozo anterior prueba, además, que la obra se escribió en Madrid, toda vez que se señala la puerta de Guadalajara, que, enclavada o, por mejor decir, ubicada en la calle Mayor, enfrente de la de Milaneses y Santiago, era el mentidero de Madrid y el sitio del comercio y la contratación, hasta que le tomó la delantera las gradas de San Felipe, ya algo entrado el siglo XVII, por haberse quemado aquella el 2 de septiembre de 1582. En fin, un otro párrafo de la aludida

Premática prueba de igual manera la paternidad de Quevedo. Es aquel en que se escribe: «Item. Habiendo visto las vanas presunciones de los medio hidalgos y de atrevidos hombrillos que con poco temor se atreven a hurtar las ceremonias de los caballeros, hablando recio por la calle, haciendo mala letra en lo que escriben, pidiendo prestado y haciendo otras muchas ceremonias y cosas que sólo a los caballeros son lícitas, mandamos que a los tales los llamen caballeros chaflores (*), motilones y donados de la nobleza y hacia caballeros.»

Este agudo párrafo dió pie al doctor Cristóbal Suárez de Figueroa para zaherir a Quevedo, llamándole *antigicojo*, neologismo sarcástico con que aludía a sus anteojos y su cojera en el alivio IX de *El Pasajero*, folio 397 de la primera edición (Madrid, Luis Sánchez, año 1617). He aquí sus palabras:

«Desean autorizarse los a quien cierto antigicoxo llamó caualleros chaflores, con afirmar de sí muchas cosas tan nuevas...», etc.

Vemos, pues, por todas las razones ex-

(*) El epíteto es chistosísimo. *Chaflores* se decía a la moneda de un cuarto que se extendía a fuerza de golpes para que pareciera de dos cuartos. En su *Richard III*, Shakespeare hace un juego de palabras idéntico con el vocablo *noble*, que era también una moneda: «Diariamente se llevan a cabo importantes promociones para hacer nobles a quienes dos días antes apenas valían un noble» (*great promodays since, were worth a noble*. Acto I, escena 3.)

puestas que las cuatro hojitas del *Aranzel de necedades y desaydos ordinarios* son un librito espurio sin valor de ninguna clase, salvo el de su rareza; obra de la codicia de un impresor malhadado, incapaz de distinguir la prosa de Mateo Alemán de la de D. Francisco de Quevedo—ambas honra de la lengua de Castilla, pero muy diferentes.

Luis ASTRANA MARIN

LECTURAS

Acaba de aparecer en Madrid el primer número de la *Revista de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes*.

Esta publicación, que viene a laborar en pro de los ideales hispanoamericanos, es sin disputa el mejor de los órganos de opinión españoles dedicados al estudio de tan magna cuestión.

Forman su Redacción nombres tan prestigiosos como los de los señores doña Blanca de los Ríos de Lampérez, Maura Gamazo (D. Gabriel), Bonilla San Martín, Pons y Umbert, Pichardo, conde de Cedillo, Bartolomé y Mas, Carro, Oliva, Fúster Botella, Acevedo y Gamoneda (D. José María).

Primorosamente editada, trae en su cubierta una alegoría del descubrimiento

de América, obra del notable artista Alvarez de Sotomayor.

(X)

En París acaba de publicarse *Les origines de la guerre*, en el que se recogen las interesantes conferencias dadas en el año 1921 por Raimundo Poincaré.

(X)

La última obra publicada por la Biblioteca Plon, de París, es una interesante novela de Louis Bertrand, titulada *L'Invasion*.

(X)

Con el título de *Rosas de otoño*, la Editorial Alejandro Pueyo ha publicado un tomo de poesías, originales de Cecilio Benítez.

(X)

Hemos recibido la novela *Doña Caprichos*, original de Constantino Suárez, publicada en la Colección Ideal por la Casa B. Bauzá, de Barcelona.

(X)

«Nuestra Señora de las Voluptuosidades»

Novela, por Luis Federico Ronquete. Libro encantador, frívolo y atrayente; de aménisima lectura. Gran éxito de librería. Pesetas, 4. Venta en todas las librerías. Caballero Gracia, 28. Envía, reembolso, Yagües. Apartado, 502.

Nerviosina de T. González De venta en farmacias

Bujía MOLLA

Para automóviles, motos, aviación

ELECTRODOS DE PLATINO

No se engrasa nunca
Se desmonta en todas sus partes.
Todas sus piezas
son intercambiables.

DE VENTA EN TODOS LOS GARAGES

Agencia central:	FABRICA:	Distribuidores para España:
A. B. G.	Etablissements MOLLA	Serrero y Revah
Nueva de la Trinidad, 11	5, rue Jean Daudin	99, Paseo de Gracia
MADRID	PARIS	BARCELONA

Manuel López FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 :-: Ayala, 60



FUENCARRAL 6 MADRID.

TOLEDO 63 MADRID.



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50. — MADRID

FABRICA DE RELOJES

CARLOS COPPEL



PUENCARRAL 27
MADRID

CERTIFICADO DE GARANTIA CON CADA RELOJ
REMESAS A PROVINCIAS CATALOGOS GRATIS

ESPECIALIDAD RELOJES CON ESFERA LUMINOSA CON RADIUM
(SE VE EN LA OSCURIDAD, SIN LUZ)

CALLOS


Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídale en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

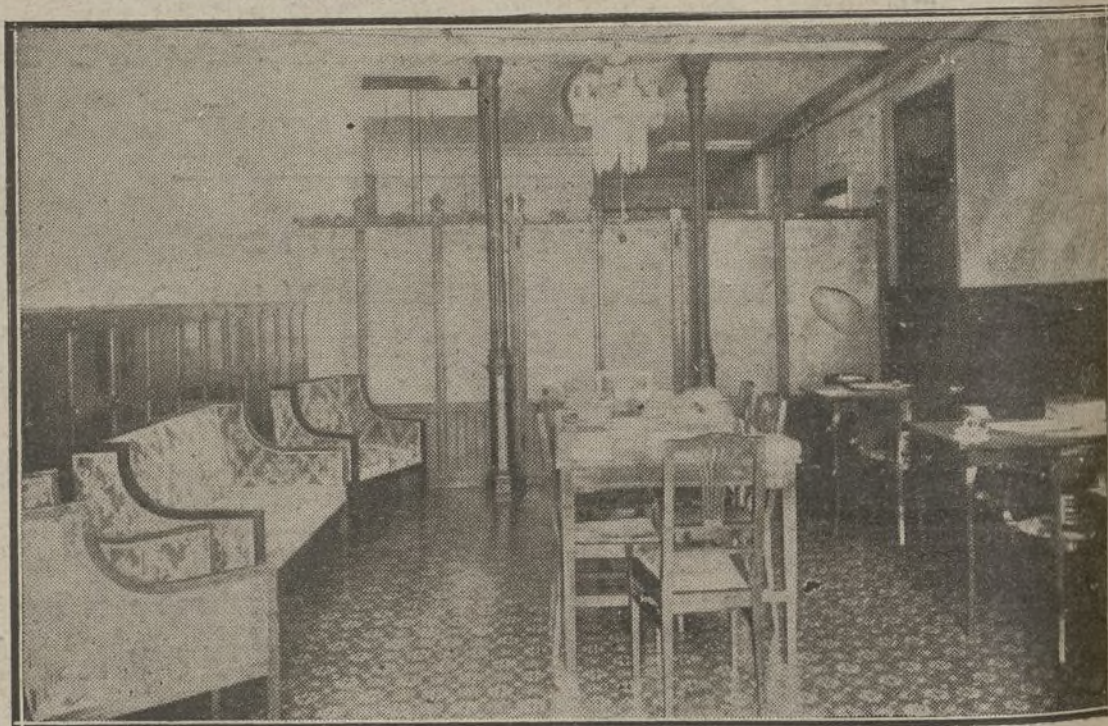
FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista del escritorio del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado. — Braserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

BÓVEDA (Lugo)